

LA OBRA LITERARIA DEL PINTOR LUIS GARAY

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Murcia, años cincuenta. El pintor Luis Garay, nacido en 1893, en Nonduermas, conoce momentos de singular atención hacia su obra literaria. Su pintura, consagrada ya en medios locales, le ha otorgado un nombre entre la intelectualidad del momento. Pero en esta fecha surge su voz como autor literario. El 14 de marzo de 1953, la Universidad de Murcia, a través de la Cátedra Saavedra Fajardo, que dirige Mariano Baquero Goyanes, joven catedrático de Literatura Española de la Universidad, le invita a hablar en sus aulas. Mediador del encuentro y de la invitación es Francisco Alemán Sainz. Vivimos, a pesar de lo que tantas veces se ha dicho, un momento de atención cultural, por encima de franquismo y por encima de opiniones políticas. Garay, que había participado en las actividades republicanas de conservación del Patrimonio Artístico durante la Guerra Civil, y que había sido colaborador habitual del periódico *Nuestra Lucha*, había sido depurado, en 1940, por colaboración con el Gobierno de la República y separado de su puesto de profesor de la Escuela de Artes y Oficios (1). Sin embargo, en 1953 es invitado por la Universidad a pronunciar una conferencia sobre sus memorias. La Diputación Provincial le otorgaría, inmediatamente después, uno de sus premios, y tras su muerte, esa misma década de los cincuenta, el 7 de febrero de 1956, publicaría su primer libro, con el sugerente título de *Estampas murcianas*, y el subtítulo no menos expresivo de *Ensayos literarios* (2), que el pintor no llegaría a ver editado. La gloria literaria de Luis Garay fue como

(1) Paloma Pérez-Crespo Gómez, "Cronología", *Exposición antológica Luis Garay (1893-1956)*, Centro de Arte Palacio Almuñé, Murcia, 1987, p. 30. Ver también en este catálogo los artículos de Gonzalo Castilla, "Entrevista al pintor Luis Garay"; Martín Páez Burruezo, "Garay en sus cuadros"; Elías Ros Garrigós, "Garay en mi recuerdo"; Francisco J. Flores Arroyuelo, "Mujer dormida, un cuadro de Garay"; Rafael García Velasco, "Mi amistad con Luis Garay", y Salvador Jiménez, "A la luz de Luis Garay".

(2) Luis Garay, *Estampas murcianas. Ensayos literarios*, Prólogo de Juan Torres Fontes, Diputación Provincial, Murcia, 1956.



vemos fulgurante pero efímera. Tan sólo unos años antes de su muerte se descubre en él a un intelectual clave en la Murcia del primer tercio del siglo XX, que, además, sabe contar lo que ha visto y salpica sus relatos de buen decir, afecto, tono entrañable y calor humano. Un cronista de la vida artística y literaria de las décadas inmediatamente anteriores acaba de surgir. Veinte años después, en 1977, cuando se cumplía el cincuentenario de la generación del 27, a la que Luis Garay pertenece de lleno, Francisco Alemán Sainz, que conservaba los manuscritos de más páginas de memorias de Luis Garay, se decide a emprender una edición (3) más amplia de la obra escrita del pintor, y muestra a sus lectores, también, muy pocos años antes de morir él mismo, los textos que el pintor había dejado inéditos, y en un emocionado estudio preliminar realiza una nueva valoración, un redescubrimiento, de este estupendo escritor murciano que además pintaba. Hoy, pasado casi medio siglo, volvemos a reparar en las cualidades literarias del pintor Garay y valoramos que lo que quiso decir fue interesante y estaba admirablemente escrito. Por eso, hoy, volvemos una vez más a valorar esta obra literaria tan olvidada y tan desconocida.

De todo esto y de algunas cosas más hay mucho que decir. Nos vamos a referir ahora a la obra literaria del pintor Garay, que deberíamos ir relacionado con algunos de sus cuadros, con alguna pintura. Pero antes conviene que recordemos algunos datos históricos de cómo se ha ido produciendo la obra de Luis Garay. La revista *Monteagudo* (4), que surge como órgano de la Cátedra Saavedra Fajardo, en su número 1, relata, en puntual crónica de uno de sus colaboradores, entonces joven estudiante de Filosofía, José Cervera Tomás, lo que ocurrió en la Universidad aquel 14 de marzo, tras la inauguración unos días antes por Francisco Alemán Sainz de las actividades de la cátedra:

“La primera lectura corrió a cargo del pintor D. Luis Garay el día 14 de marzo. Leyó una selección de sus “Memorias”. En estas “Memorias” de Garay aparece su visión del paisaje, de los hombres representativos de la ciudad. Desfilan tipos muy de Murcia, cargados de personalidad, desde el escritor al portero y que tiene un indudable interés para una psicología del murciano. Todo ello visto con esa mirada de pintor que aprisiona desde el gesto más insignificante hasta la vibración más sensible del espíritu. Su infancia en Blanca, su visión del primer viaje a la capital, sus recuerdos del teatro de principio de siglo con la compañía de María Guerrero y Díaz de Mendoza, su descripción de Solana, las tertulias literarias de la ciudad, los retratos de Ballester, Solana, Martí, Cano Pato, Dictinio de Castillo, Pedro Boluda, etc., desfilan por sus “Memorias”. Todo ello en una prosa rápida, salpicada de anécdotas que hace que palpiten de vida estas “Memorias”, cuyas primicias han podido escucharse en esta audición.”

Se conservan algunos otros testimonios de aquel acto. Francisco Alemán Sainz, que fue el primero que, como estudioso, se ocupó de la obra literaria de Garay, lo

(3) Luis Garay, *Una época de Murcia (Mi vida hasta los 58 años y otros escritos)*, edición y prólogo de Francisco Alemán Sainz, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1977.

(4) José Cervera Tomás, “Crónica de la Cátedra Saavedra Fajardo”, *Monteagudo*, 1, 1953, pp. 35-36.



cuenta con su naturalidad acostumbrada: “El 23 de febrero de 1953 se inaugura la “Cátedra Saavedra Fajardo” de la Universidad de Murcia, de la que fue nombrado director Mariano Baquero Goyanes [...] En aquellos momentos iniciales de la Cátedra se pensó que Garay diese una lectura de fragmentos de sus memorias, y se hizo una pequeña reunión que fue un éxito. Todos los asistentes salieron satisfechos de haber asistido en el atardecer de un 14 de marzo de 1953 al reconocimiento de un escritor con una intensa capacidad expresiva.”(5) También se hace eco de aquella lectura, Juan Torres Fontes, cuando prologa el libro *Estampas murcianas*, en 1956: “Hace unos años, en un reducido círculo de amigos, reunidos alrededor de la mesa del Seminario de la cátedra “Saavedra Fajardo”, pude oír a Luis Garay en la lectura de unas cuartillas, que él llamaba Memorias. Me impresionó fuertemente la viva personalidad como escritor, que hasta entonces no había conocido más que como pintor. Su lectura pausada, acompañaba de vivos y sugestivos gestos, no sólo resultó grata, sino que como posteriormente pude comprobar, impresionó a los asistentes. Su alma de artista asomaba en toda su lectura. En ella lo histórico se confundía con lo literario, con la anécdota y con el buen humor. Todo le daba margen para entrar en el juego intelectual de la ironía y de la gracia; y en los contrastes quedaba al descubierto una fuerte dosis de ingenuidad, conmovedora y plástica, que testimoniaba la capacidad pictórica de Garay, del sentido del color y cierta facilidad descriptiva. En el desenfado de su prosa, las estampas literarias adquirían el sentido íntimo de la interpretación popular.” (6). Por último, el propio Luis Garay habría de recordar, al escribir la nota explicativa para la edición de sus memorias, aquella memorable tarde de febrero: “Estando estas notas antes del principio de estas memorias o narraciones, por haberlas escrito con el propósito de prologar la lectura que di en la Cátedra Saavedra Fajardo de la Universidad de Murcia, a la que fui invitado asistiendo el Rector, el Director de la Cátedra y un grupo de amigos y escritores, prescindí de leerlas entonces debido a su extensión [...]”.

En efecto, el primer libro de Luis Garay, *Estampas murcianas. Ensayos literarios*, fue el publicado por la Diputación Provincial de Murcia, en 1956, tras la obtención del Premio “Baquero Almansa”, de 1955, que ese año se había convocado para premiar “Ensayos sobre figuras o motivos artísticos murcianos”. El libro, hoy una edición inencontrable, contaba con la reproducción de un óleo, con un paisaje rural, del propio Luis Garay y ocho dibujos del pintor murciano José María Párraga, entonces muy joven. Y se compone, tal como explica Torres Fontes, únicamente del material memorístico presentado al premio, a pesar de que, a raíz de su concesión, se le pidió al pintor que continuara escribiendo. Así lo hizo en efecto, porque en 1977 se publicó muy ampliada la edición de 1956.

Releyendo la edición de 1956, observamos la variedad de intereses del pintor Garay como escritor. En primer lugar, hay que situar sus escritos dentro de género memorial o memorialista, ya que todos sus textos, traten de lo que traten, están

(5) Las citas proceden de la edición de Luis Garay, *Una época de Murcia*, citada.

(6) Luis Garay, *Estampas murcianas*, prólogo citado.



basados siempre en los recuerdos personales de su vida. Personas y personajes, lugares y hechos sucedidos proceden, como fuente, de la exclusiva memoria de Luis Garay. Y en el primer libro ordena estos retazos de recuerdos, estos fragmentos de vida, en torno a algunos motivos centrales, pero de orden muy diversos. “Rincones, lugares, edificios” podrían denominarse sus capítulos sobre la torre de la Catedral, la Plaza de Camacho (Garay la llama siempre Camacho, aunque es Camachos), dos textos entrañables sobre nuestro primer monumento y sobre un rincón entrañable y castizo del barrio del Carmen de la ciudad, engarzado en los recuerdos que en torno a esos dos motivos traza Garay.

Un sector muy extenso en el primer libro está dedicado al teatro. Exactamente son dos los capítulos que tratan sobre este asunto interesante, más que por su carácter literario, por tratar del espectáculo teatral y hacer referencias, también memorísticas, a actores, representaciones, galas y festejos en torno a los teatros de Murcia, pero fundamentalmente al Teatro Romea. Ni que decir tiene que estos dos capítulos son de un gran interés, pero quizá lo es más aun el segundo, que se ha utilizado como fuente para el estudio de la historia del teatro en Murcia, ya que está dedicado, con el título de “Varios teatrillos”, a ciertos grupos teatrales de aficionados que funcionaron en Murcia en aquellos años, durante la juventud del pintor Garay: la “Sociedad Camino del Arte”, la “Sociedad Artística Instructiva”, etc. Surge, además, la figura mítica del actor Cecilio Pineda, fundador de una dinastía de actores y actrices del teatro en Murcia como generador de nuevos recuerdos y evocaciones.

Justamente, el texto que se incluye en este primer libro de Garay, sobre Cecilio Pineda, nos introduce ya en el que será el género mejor cultivado por el pintor, en el que alcanzó su personalidad una relevancia y una originalidad mayores, el retrato literario, que la literatura de este tiempo, empezando por Juan Ramón Jiménez y siguiendo por otros muchos, hasta llegar al otro Premio Nobel, Vicente Aleixandre, tanto se cultivó y con tantos matices de personalismo y originalidad. Parece muy justificado este género en un pintor, ya que se trata de retratar la personalidad de un determinado personaje, tal como querría el pintor hacer en sus lienzos. Aspecto físico, datos externos, indumentaria, gestos peculiares, para llegar al retrato lírico de la personalidad: carácter, bondades, atractivos de su forma de ser, cualidades personales, habilidades, valor y significación del personaje retratado. Muchos fueron los que pasaron por su pluma y algunos no responden al prototipo habitual que la memoria oficial del personaje ha legado a la posteridad. Garay en esto, como en otras muchas cosas, era muy original, muy personal, y más adelante nos referiremos a algún caso muy llamativo.

Los retratados en la edición de 1956 son, en el capítulo “Un escultor y dos escritores”, José Planes, Juan Guerrero y José Ballester; mientras que en el capítulo “Álbum de retratos” se recogen los de Juan Guerrero Ruiz, Francisco Alemán Sainz, José Ballester, y el titulado “Recuerdo del pintor don Antonio Meseguer”. Dentro de este mismo tipo de evocaciones de personajes, hay que incluir los recuerdos sobre el escritor Enrique Martí, que se recogen en el capítulo “Un escritor romántico”, a través de dos textos: “Las lágrimas de Clara” y “El entierro de Enrique Martí”.



El libro de 1956 termina con un capítulo compuesto de cuatro textos, y por lo tanto de evocaciones de industriales artesanales de este gremio, titulado “El arte de imprimir”. Los cuatro textos son “Antiguos talleres tipográficos”, “Soler”, “Litografía Millá” y “Otras litografías”, y en ellos recrea el mundo de la impresión en Murcia y la creación de los grandes grabados hechos con piedra en la ciudad, una de las labores a las que Garay dedicó su saber profesional a lo largo de su vida.

Durante muchos años, como ya sabemos, y una vez desaparecido el pintor, fue anhelo de un grupo de amigos murcianos, recuperar los textos que Garay había dejado inéditos y construir un libro con éstos y los ya publicados, en forma de libro de memorias, que es como Garay quería publicar definitivamente sus escritos. Pero hubieron de pasar veinte años más, y fue Francisco Alemán Sainz el que, al haber conservado los textos del pintor, construyó su último y definitivo libro, que publicó la Academia Alfonso X el Sabio, al comenzar la época áurea de sus publicaciones, con el título tan expresivo de “Una época de Murcia” y el subtítulo, ya más propio de un libro de memorias, “Mi vida hasta los 58 años y otros escritos”. Alemán Sainz se encargaría de la edición y del prólogo, y a quien escribe esta líneas le cupo el honor de ser el editor material y el autor del texto de la solapa del libro que paso a reproducir por creer que recogía todo el espíritu y el significado del libro en ese momento de restauración de tantas cosas en España, 1977:

“Recoge este libro una serie de escritos del pintor murciano de la generación el 27 Luis Garay. Cuando un pintor se decide a escribir lo hace, lógicamente, de una forma peculiar, sobre todo si sus escritos son –como éstos– memorias y retratos. El pintor, tradicionalmente, cuando pinta lo que hace es evocar ambientes y personas, y dibujarlas e inmortalizarlas en el lienzo, en la cartulina o en el papel. Luis Garay, el pintor murciano de ambientes populares, escribe en estas páginas las memorias de su vida murciana, los recuerdos de sus amigos y personajes de la ciudad y el testimonio de sus aficiones –tan castizas– teatrales y taurinas, así como su conocimiento teórico de la pintura. Por eso este libro de Garay, al contar una larga hora de Murcia casi reciente, queda configurado con vida propia, como crónica particular, atractiva y recreadora.

El escritor murciano Francisco Alemán Sainz ha querido ser el introductor y editor de este precioso libro. Ha sabido ordenar los materiales de una vida artística y literaria y ha reconstruido uno de los mejores cuadros de Garay. Su guía ha sido posiblemente la admiración y el afecto hacia el pintor, y el resultado este libro que veis.

Sus páginas van enhebradas con el hilo de una vida de artista. Los personajes son los murcianos de ayer: Pedro Flores, Ramón Gaya, Ballester, Sobejano, Guerrero, Oliver, Raimundo de los Reyes, esos murcianos de la generación del 27 que hicieron con Garay, con Jorge Guillén, que los años veinte y treinta de Murcia fuesen para nosotros objeto de admiración y recuerdo; tiempo éste en el que también entran personajes que mañana mismo, dentro de unas horas, van a pasar de la vida y la muerte al mito como ese don Pedro Boluda que insiste en inmortalizarse en los libros, ensayos, memorias y novelas de Murcia.



Luis Garay, notable y pintoresco artista murciano, nos ha regalado con unas páginas vitalizadoras, con las páginas de este libro de memorias tan notable y pintoresco como su propio autor. Su lectura, enredada en la prosa suelta y espontánea, llevará al lector a un pasado reciente que, lo haya conocido o no, le hará vivir horas de sosiego y recuerdo. Estas páginas de Garay, tan personales y auténticas, servirán así para perpetuar un tiempo cercano de Murcia.”

Y, en efecto, el libro de 1977 es una auténtica revelación del escritor Luis Garay, que en el libro de 1956 aún era, apenas, un esbozo pálido del originalísimo escritor que nuestro pintor llevaba dentro. En primer lugar hay que decir que el libro es mucho más extenso y que pasa de las 120 páginas apenas de la edición de la Diputación a casi 300 en la edición de la Academia Alfonso X el Sabio. Adquiere aquí la obra otra estructura muy diferente. En lugar de secciones de artículos de un determinado tema, que, como hemos visto, constituye la organización del primer libro, aquí se lleva a cabo un planteamiento totalmente diferente, ya que el libro se organiza, en su primera y extensísima parte, en unas memorias, reunidas ya con la intención de tales con el título de “Mi vida hasta los cincuenta y ocho años”, para completarse el libro con un apartado dedicado a “Los toreros”, y una extensa sección final que, con la denominación de “Otros escritos”, reúne algunos de los textos más deliciosos salidos de la pluma de Luis Garay, alguno de los cuales comentaremos detenidamente, como es el caso del peregrino estudio biográfico, ya que supera sin dificultad el concepto de “retrato”, titulado “El caso extraño de Don Pedro Boluda”. Se completa el libro en esta segunda edición ampliada con el ya comentado “Álbum de retratos”, en el que se recogen los ya publicados con alguno nuevos.

Como vemos el libro de 1977 tiene algunos apartados absolutamente novedosos, como el dedicado a “Los toreros”. Garay, como muchos componentes de su generación, tanto escritores como pintores, era buen aficionado a los toros, y escenas populares de tema taurino pintó muchas, tal como habían hecho otros pintores por él muy admirados como Zuloaga, Vázquez Díaz o Solana. En la parte de sus memorias, al hilo del relato de su vida, también aparecen muchas referencias a los toros, a los toreros y a la tauromaquia. Juan Barceló Jiménez ya dedicó un documentado artículo a este asunto (7), y ahora nos limitamos únicamente a anotar que, en el libro, en el apartado “Los toreros”, los cuatro toreros recordados son los ya míticos, en los cuatro casos, Juan Ruiz “Lagartija”, Don Luis Mazzantini, Ricardo Torres “Bombita” y Domingo Ortega.

Algo tenemos que decir, de nuevo quizá, porque ya hemos aludido a ello, de las memorias de Garay, presentadas ahora como tales en el relato “Mi vida hasta los cincuenta y ocho años”. Como llevamos señalado, mézclanse en estas páginas referencias muy diversas, tanto a lugares como a hechos o sucesos acontecidos, como a personas y personajes. Recuperamos las referencias a la historia del teatro aficionado, como también recuperamos los textos en torno a Planes, Guerrero, Ballester, Pedro Flores y

(7) Juan Barceló Jiménez, “Los temas taurinos en la obra de Luis Garay”, *Homenaje al Profesor Antonio de Hoyos*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1995, pp. 37-46.



otros, que suponen la evocación de un tiempo de Murcia y del estudio que tenían varios artistas en la calle de Riquelme. Hay capítulos que merecen una lectura reposada, como el dedicado a “El mar”, que nos revela la primera vez que, a los dieciocho años, Luis Garay vio el mar, en Lo Pagán, y la mala impresión que le hizo, por ser en una mañana plomiza, y la admiración por el mar que sin embargo tuvo siempre.

Me voy a referir ahora a las partes del libro que considero más originales, y más valiosas. Son desde luego las tituladas “Otros escritos” y “Álbum de retratos”, ésta última de especial valor personal y artístico, tal como venimos anunciando. En la sección titulada “Otros escritos” recoge Garay seis ensayos breves, de distinto contenido, algunos sobre pintura. Porque Garay, como es sabido, escribió mucho sobre pintores y pintura en la prensa, en sus colaboraciones habituales que no han sido recogidas posteriormente, quizá por ser críticas circunstanciales de exposiciones. Los ensayos sobre pintura recogidos en el libro tienen un alcance mayor, y creo que merecen un comentario especial. Se refieren al arte abstracto, a Gutiérrez Solana y a Goya y los impresionistas. Conocemos del texto sobre Gutiérrez Solana una versión más amplia que se publicó en el número 3 de la revista *Monteagudo* (8), a raíz de la intervención en la Universidad de Luis Garay, que antes hemos recordado. Es un texto inteligente y comprensivo de un pintor difícil, que Garay admiró indudablemente, y siguió en algunas de sus pinturas de ambientes populares. El texto sobre Goya y los impresionistas es intuitivo pero también documentado y acertado en sus juicios. Pero, posiblemente, el que más interés tiene de los tres es el dedicado al arte abstracto, del que Garay, como todos los pintores de la escuela de Murcia, en 1927, estaba muy alejado. Con la misma firmeza que hizo siempre Gutiérrez Solana, y han hecho otros pintores de esta época, Garay se separa y se distancia del arte abstracto en sus diferentes versiones. Podríamos decir que estos trabajos son los más cercanos a su profesión y, en este sentido, tiene un valor personal indudable, y también artístico, pero menos literario. Para glosar el verdadero estilo literario de Garay, es preferible reparar en dos artículos de verdadera originalidad: el titulado “El entierro de Enrique Martí”, que pertenece a la parte de las memorias, y el titulado “El extraño caso de don Pedro Boluda”.

Enrique Martí Ruiz-Funes era un escritor posmodernista murciano que vivió pobre y murió míseramente. Algunas de sus obras, como *Las lágrimas de Clara* y *Nausica* constituyen interesantes representaciones de la literatura posmodernista. Garay lo conoció y lo admiró y respetó. Cuando en 1953 murió Martí, Garay decidió ir al entierro, y el relato de lo sucedido revela, en el pintor, cualidades literarias poco comunes. El relato, por otro lado, recuerda alguno de sus cuadros, justamente aquellos en que tétricas figura populares, se muestran con expresionismo descarnado, expresionismo que podemos admirar en estas dos páginas memorables de Luis Garay:

“Quince minutos antes de la once me dispuse para asistir al entierro. Entré por la plaza de Santa Eulalia hacia la calle de Victorio. En la puerta de una casa de aspecto misérrimo, un coche fúnebre, de entierro pobre, el más pobre de todas las funerarias,

(8) Luis Garay, “Semblanza literaria de un pintor”, *Monteagudo*, 3, 1953, pp. 25-27.



se puso en marcha y antes de llegar yo desapareció, torciendo hacia una estrecha calle. Supuse que el cadáver iría conducido a hombros seguido de la comitiva y que se habían adelantado. Unos chiquillos que jugaban en la puerta me dijeron que el entierro era a las cinco. Cuando intenté firmar, no me extrañó que sobre la mesa no hubiese tintero ni cuartillas y lo achaqué a la fatalidad de don Enrique. Subí por una escalera sin luz cogido al barandal para no caerme. En una escalera ennegrecida y agrietada por todas partes había un hombre y un chiquillo con aspecto indiferente. Di el pésame y el hombre me dio las gracias. Comprendí que no me conocía y le dije: "Soy Luis Garay". Como estaba abierta la puerta de la alcoba se veía el cadáver sobre la cama. Le pedí permiso para entrar y contesto: "Pase Usted". Dos mujeres le hacían compañía. Por la suciedad y desorden en todo se adivinaba sin esfuerzo falta de cuidado familiar. Pedí tímidamente a aquellas mujeres que me dejaran verlo y al ser destapado se presentó ante mí lo asombroso: el cadáver horrible de una vieja. Pero aquí entra el destino fatal, no el mío, el de Don Enrique, y junto al destino el contraste ilógico de mi despreocupación convertido en suceso, y junto al asombro entró en acción la duda, estableciendo consideraciones la razón e imaginando supuestos. Acaso lo habría desfigurado la muerte. Aquellos pómulos agudos y la boca sumida bien podrían ser los de don Enrique, los que tuvo en vida, existía cierta semejanza. ¿Pero y el cabello de mujer enmarañado y canoso? También podría ser. Don Enrique, enfermo y liados los pies en trapos, no se habría pelado en seis meses. ¡Cuántas veces habríamos visto asomarle bajo el sombrero mugriento unos pelos parecidos! Las medias negras cubriendo unos pies femeninos asomando bajo la sábana fue lo que más me desconcertaba. Pero también era posible. Don Enrique no tenía calcetines y usaba trozos de manta, toallas viejas, cualquier cosa. Mi perplejidad iba en aumento y opté por marcharme convencido y admitiendo todas las posibilidades. Aunque sabía que vivía más adelante en la misma calle, no era ilógico suponer que hubiese cambiado de domicilio, puesto que andaba en pleito con su casero, además de que esa vivienda acusaba el estilo de don Enrique.

Sin embargo, quise buscar comprobación. Fui a su antigua casa. Tampoco había nadie en la puerta, ni desde la calle podía verse la mesa confundida entre la oscuridad en el fondo de la escalera. No era necesario comprobar más, con seguridad absoluta la vieja era Enrique Martí, y su entierro a las cinco de la tarde. Y despreocupadamente habría asistido al entierro de la vieja o de don Enrique, porque después de haberlo visto en aquella cama de suciedad, con medias negras, con cabello lacio, con la boca sumida, sin pliego de firmas en la mesa y rodeado de soledad en su muerte, aquél era invariablemente, sin más dudas, Enrique Martí.

Cuando me retiraba dispuesto a volver a las cinco de la tarde a la casa primera para asistir al entierro de Martí, hallé a un amigo que iba al entierro del verdadero don Enrique. Volví con él a la misma casa, subimos otra escalera igual a la primera y en otra estancia tan revestida de abandono como aquella estaba tendido sobre el suelo Enrique Martí. Acompañándole estaban algunos escultores, artistas y familiares, y el cadáver de Enrique Martí, con un sudario y cubierto de flores. Asistimos a su entierro, al entierro del último romántico, como ha dicho en un sentido artículo necrológico Jesús Frutos."



Con tonalidades de sano humorismo, destacan las páginas dedicadas al peregrino personaje murciano Don José Boluda, que de profesión barbero y topiquero del hospital (dícese del enfermero que aplica a los enfermos las medicinas externas o tópicos), cultivó la literatura desde su angelical e inocente deficiencia mental, mientras era el objeto de diversión de muchos desocupados en la ciudad. Creía tener los títulos de Rey de la Conchinchina y Conde de Pelikán, y, entre las condecoraciones que le habían otorgado sus jocosos animadores, contaba con la de Caballero de la Orden del Calzón Caído. Entre sus más preciadas pertenencias se encontraba una tarjeta postal, dedicada, de una artista de cabaret, que rezaba: “A don Pedro Boluda, la bella Chochirri”. Quizá la mejor aportación que hizo Garay sobre Don Pedro Boluda fue la de recoger sus disparatados versos, que sorprenden por su candor pero también por su imprevisible elevado tono. El pobre Boluda los escribía en serio y sus oyentes se reían con sus ocurrencias con lo cual se ufanaba de ser un gran poeta jocosos sin pretenderlo. El capítulo dedicado a Boluda, del que también se conserva un retrato a lápiz del propio Garay, ha de pasar a los anales de la literatura murciana más jocosa. Aun así, Garay, hombre de bien por encima de todo, jamás se burló el pobre Don Pedro Boluda. En el volumen se recogen transcritas algunas de estas composiciones, que recomendamos a los lectores.

Digamos algo, para terminar ya, de los retratos literarios que se conservan en el libro de 1977. Son, como hemos indicado al principio, aproximaciones al estilo del personaje, a su figura física, pero también a su carácter psicológico, y a las cualidades que le distinguían como ciudadano. Los personajes retratados son los de su generación: Ballester, Sobejano, Guerrero, Oliver, Raimundo de los Reyes, etc. Una generación de escritores que compartieron afanes artísticos con los pintores del grupo de Murcia, y que se completa con algunos retratos más cercanos como Carlos Ruiz-Funes y Francisco Alemán Sainz, el escritor que luego recopilaría y prologaría su libro en 1977. Por ofrecer una muestra muy personal, voy a escoger el único retrato dedicado a un escritor no murciano, aunque “habitante de Murcia”, como le gustaba decir a Alemán Sainz, y compañero de afanes artísticos de toda esta generación: el poeta Jorge Guillén. El retrato se titula “Recuerdo de Jorge Guillén en Murcia”, y curiosamente relaciona a Jorge Guillén con el mundo de los toros, con el que el gran poeta de *Cántico* nada tuvo que ver nunca:

“Afilado y paseando con aire andalucillo por las calles de Murcia.

Destacaba su fino perfil haciendo el paseílo entre un grupo de jóvenes poetas en la cuadrilla de Sánchez Megías, cuando el torero y autor dramático llevó desde Madrid a Sevilla a los jóvenes escritores a un festival poético.

El Kodak de Juan Guerrero, viajero inseparable en los constantes viajes de Juan Guerrero, captó fotografías de aquella corrida extraordinaria.

Aquellos jóvenes poetas posaban en actitud torera, firme planta con abertura de compás y brazo jacarandoso apoyado en la cintura. El que más y el que menos tenía semejanza torera, con apostura de Joselito en el portón de las cuadrillas antes de cruzar el ruedo en la plaza de la Maestranza en sus tardes toreras. Todos parecían toreros jóvenes en el grupo fotográfico que consiguió Juan Guerrero, aunque eran jóvenes poetas.



Por entonces (quiero recordar) poco más o menos, celebrábamos el centenario de Góngora, y el gongorismo afiligranado lució en todo su esplendor. La espiral gongorina se desgranaba en ediciones comentadas, en juicios literarios, en poemas y letrillas ágiles como una larga rítmica y flexible de Lagartijo.

Jorge Guillén, ya en Murcia, perfilaba y afilaba décimas, filigranas de su capotillo mágico, quiebro en amarillo en la tarde pajiza de sol en la arena y verónica rondeña frente al mar, plata y azul, con la luz rutilante del verano. Diríase que el poeta brindaba en décimas, con giro redondo de brindis desde el tercío.”

De la lectura de este retrato, se desprenden algunos comentarios curiosos. En primer lugar la relación de Guillén con la figura de un torero, algo que parece alejado de su personalidad, aunque vemos claramente que la relación del poeta con el mundo de los toros viene determinada por la anterior puesta en relación de todos los poetas del 27 como si de figuras del toreo se tratase. La relación se establece al glosar la famosa fotografía del centenario gongorino del Ateneo de Sevilla, que todos conocemos, y que Luis Garay atribuye a la máquina Kodak de Juan Guerrero, atribución que no hemos visto en ningún otro lugar, y que posiblemente no sea muy exacta, porque no consta que Guerrero estuviera en Sevilla cuando el acto de diciembre de 1927 en el Ateneo. Pero lo que no puede haber duda es de que retrato llama la atención por su originalidad.

Para terminar esta visión, siempre provisional, como la de todos los ensayos que sobre literatura escribimos basándonos en documentos históricos, quiere mostrar un ejemplo, muy especial, de las colaboraciones en prensa de Luis Garay, para revelar que todavía queda mucho por hacer a la hora de recopilar en la prensa los textos de muchos escritores murcianos. El texto pertenece al diario *Nuestra Lucha*, un periódico que se publicó en Murcia durante la Guerra Civil, sustituyendo al diario católico *La Verdad*, al ser incautados por el Gobierno de la República, sus talleres, y es nada menos que un artículo titulado “Federico García Lorca”, que se publican en ese diario el 11 de septiembre de 1936, es decir a las pocas semanas de conocerse la noticia del asesinato de Federico, que se difundió por primera vez en prensa, justamente a través de este diario, tal como hemos estudiado en otro lugar (9). El texto de Luis Garay, con el que vamos a cerrar esta intervención, muestra las cualidades literarias que caracterizaron siempre al pintor y su extraordinario buen gusto literario por la poesía y por el arte en general. El texto aparece precedido por un breve fragmento de *Mariana Pineda*:

—Y la niña?
 —Borda y borda lentamente,
 yo la he visto por el ojo de la llave.
 Parecía el hilo rojo entre sus dedos
 una herida de cuchillo sobre le aire.
 (*Mariana Pineda*, Acto 1º)

(9) Francisco Javier Díez de Revenga, “Sobre la muerte de García Lorca: la difusión de la noticia en la España republicana”, *Los Cuadernos del 27*, 2, 1985, pp. 1- 20.



Los primeros versos que leí de García Lorca me produjeron impresión y extrañeza. No sé por qué misterio inexplicable parecía que aquellos versos iniciaban un caminar hacia la tumba. En ellos había algo traslúcido, acerado, yerto. Había frío. Frío de luna, y con este frío jugó siempre el poeta.

Dos acertadas sensaciones escalofrantes y distintas dieron Óscar Wilde y Federico García Lorca con la luz de la luna.

La del poeta inglés, aunque bellísima y oportuna, no ofrece predestinación de ninguna forma. "Qué hermosa está la luna. Parece una doncella histérica en busca de amantes (dice Salomé en la terraza del palacio de Herodes Tetrarca). La sensibilidad recibe un latigazo descarado, morboso. Pero lo dicho, dicho está con toda la desnudez del gran poeta cultivador del cinismo. La imagen referida, puede decirse, aunque es capaz de todas las ternuras poéticas, está premeditada con la inteligencia.

La otra gran imagen del poeta granadino, primer verso que leí, es esta:

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos,
el niño la mira, mira,
el niño la está mirando.

He aquí algo especial, muy emotivo y que en ningún modo está calculado. Pero hay frío. Y no es en la expresión poética que está logradísima. No es en su concepción, que surge con belleza y ternura. No es tampoco en la dialéctica, que brota torrencial y espontánea. Es algo triste, un halo triste de predestinación y tristeza que envuelve a la obra de este reconocido y gran poeta.

Una fosforescencia azulada –luz de fuegos fatuos– hay en esa entrada especial de la luz por la claraboya –sin duda– de la fragua. Los martillos, cadáveres esparcidos por el suelo. El yunque produciría al tacto un espasmo helado como la frente del muerto.

...el niño, la mira, mira,
el niño la está mirando.

Y la está mirando atónito con los ojos desmesuradamente redondos como una luna doble. Y finalmente la luna se aleja, dejando la luz enterrada en dicha cripta, en el silencio de la fragua:

El viento la vela vela,
el viento la está velando.

La poesía de Federico García Lorca sugiere con frecuencia el sudario y la muerte, o bien un prelude de la misma. Federico García Lorca que no es un cerebral, es un poeta de corazón.

Otro aspecto de índole quizá freudiano se advierte también en este poeta granadino: su multiplicidad o su prisa. Parece como si una voz secreta le fuese dando el aviso constante de su próximo fin; y así, su caudal poético lo prodigará sin tasa.



Inmediatamente después de haber leído un verso suyo, había que volver a repetirlo para buscar la línea, vocablo o momento en el cual sucedió la tragedia. Empeño infructuoso. Lo trágico no estaba allí descrito; de estarlo habría sido aparatoso: La tragedia es en sus versos como un imperativo inconsciente o quizá e la subconsciencia. La tragedia no está en lo que se dice, está en el ritmo zozobante que siempre le acompaña, está sobre todo en su pena.

Oh pena de los gitanos,
pena limpia y siempre sola.
¡Oh pena de cauce oculto
y madrugada remota!

La tragedia está en la evocación o transportación a que nos conducía esta felicísima línea de uno de sus versos que halló con facilidad y que en varias ocasiones oí a Jorge Guillén elogiarla paladeándola con deleite:

miedos de fina arena.

Algo sensual hay en la obra de Federico –así le nombraba y no podía existir la confusión–, algo quizá decadente, pero con elevado rango sincero, y siempre con honrado propósito poético.

Tuvo también una cualidad a mi juicio estimable: no pretender jamás ser un exquisito. Por esos sus constantes aciertos tienen una insospechada refulgencia entre un montaje poético a veces poco meditado. En cierto modo esto viene a ser otra virtud: poseer la suficiente grandeza para no eliminar de la obra lo que irremediablemente surgió defectuoso. Siempre es preferible la sinceridad a un fingimiento delator de las miserias encerradas en casa.

Tengo que insistir –quizá– en demasiadas citas de sus versos para ver como en ellos aletea siempre la tristeza de un dulce sabor romántico. No es un romanticismo precisamente de norma, sino de situación y de ámbito. Un romanticismo evocador del siglo XIX, pajizo y aromatizado con olor de membrillo:

y cuando el gran Cayetano
cruzó la pajiza arena,
con traje color manzana
vestido de plata y seda
parecía que la tarde
se ponía más morena.

¡Las tardes que Federico García Lorca describió! Tardes pegadizas de sol espeso. Sensuales tardes febriles. Tardes agobiadas, a pesar de su calidez poseídas de desolación y agonía.

La tarde loca de higueras
y de rumores calientes,
cae desmayada en los muslos
heridos de los jinetes.



Pero lo que me produjo un gran escalofrío fue esta descripción de la tarde que publicaba en un periódico de Madrid:

Agosto, Contraponientes
de melocotón y azúcar,
y el sol dentro de la tarde
como hueso de una fruta.

¡Sublime visión la de este verso! Enorme pena la de ese sol, encerrado dentro de la bóveda turbia y caliginosa de la tarde estival, bañado en un caldo de fruta.

* * *

Camaradas que venían del frente trajeron a nuestra Redacción las primeras noticias. Luego casi se confirmaron. Después, las publicó toda la prensa. Los fusiles de los facciosos han roto la vida del poeta dentro de su propia ciudad de Granada.”

El texto es representativo de una forma de escribir algo distinta de la recogida en los libros de Luis Garay. Se trata de un comentario poético, pero al mismo tiempo inmerso en la temperatura dramática del momento en que se vive, ya que –debemos recordarlo– este artículo aparecería en el mismo periódico que por primera vez difundió la trágica noticia del asesinato de García Lorca. Pero al mismo tiempo, hay que destacar en este texto las referencias pictóricas a luces y a colores, muy propias del pintor que está escribiendo. Un gran pintor que en algún momento de su vida dejó sus pinceles para trasladar sus ambientes populares a las páginas de sus interesantes escritos.

